

pasible, habla siempre con disgusto del cálculo que inspira la moral cristiana. Se lamenta del error de los que esperan de Dios grandes recompensas por sus acciones virtuosas. Compara á los hombres á quienes solamente el temor de la pena hace obrar bien con los esclavos que cumplen con su deber bajo el látigo de su señor: ¿puede decirse que obran por amor al bien y merecen el nombre de hombres virtuosos? En su correspondencia confiesa Espinosa que esta moral le da náuseas: aparta los ojos, dice, y necesita no pensar en ella, porque repugna á sus sentimientos y le aleja del pensamiento de Dios (1).

Sabemos todas las acusaciones que se lanzan contra la moral de Espinosa: moral sin base, dicen, porque el panteísmo destruye toda libertad. Por ahora dejemos á un lado las consecuencias que se deducen del panteísmo, para saber lo que piensa nuestro filósofo: oigamos lo que él mismo nos dice: ¿quién podrá saber mejor que él mismo su pensamiento íntimo? Que la libertad sea incompatible con el panteísmo, nosotros también lo creemos; y cuando no hay libertad, es difícil comprender que haya moral. Todo esto es cierto, pero esto no impide á la moral del filósofo panteísta ser más pura que la moral del cristianismo. Hay más. La moral cristiana no reina más que en el vulgo; dudamos mucho que un pensador cristiano se atreviese hoy á decidirse francamente por la moral interesada de David y de Abraham, esos modelos de justicia celebrados por Bossuet. La moral de Espinosa carece de sanción, dicen los cristianos. Es verdad que no cree en el paraíso ni en el infierno; pero ¿desgraciados de nosotros si nuestra moral debiera desaparecer con unos dogmas en que bien pronto no creerán ni aun los niños! Que no haya ni infierno ni paraíso, ¿es impedimento para que la moral tenga una sanción? Espinosa la formula con su precisión habitual. "Cada cual recogerá según haya sembrado: del mal nacerá necesariamente el mal, si el culpable no se corrige; y del bien resultará el bien, si el que lo realiza persiste en él," (2). ¡Cosa extraña! los ortodoxos pretenden que la moral filosófica no tiene sanción, y tiene una mil veces más severa que el infierno. Porque con el infierno caben arreglos: las obras

(1) ESPINOSA, *Tractatus*, c. IV;—*Ethica de mente* (fin); *de servitute*, propos. 28.—*Epist.* XXXIV.

(2) ESPINOSA, *Tractatus*, c. IV.

buenas que se pagan, la absolución que se compra. Espinosa no conoce las indulgencias, ni aun se digna hablar de ellas: el mal produce necesariamente el mal; no hay intercesión de los santos que valga. El bien nace necesariamente del bien, sin que se tenga necesidad de la Iglesia ni del llavero San Pedro.

Hasta aquí Espinosa está en lo cierto; suscribiríamos sin reserva á su moral, si en un filósofo pudiese hacerse abstracción de los principios y de sus consecuencias. Aquí llegamos á un orden de ideas en que la crítica reemplaza al elogio. La doctrina de Espinosa se llama el panteísmo, no porque enseñe, como se cree bastante comúnmente, que todo es Dios, sino porque dice que Dios es todo. Esto equivale á decir que solamente Dios existe, que fuera de él nada tiene una existencia individual, tanto el hombre como los objetos del mundo físico. Así Espinosa define al hombre una idea, es decir, una forma pasajera del pensamiento eterno. Si el hombre no tiene verdadera existencia, ¿qué son las especulaciones sobre su destino? ¿Vale la pena de ocuparse de la misión de un ser cuya vida no es más que el sueño de un instante? Y si por pasatiempo se quisiera tomar interés por esta manifestación fugitiva del pensamiento divino, ¿qué ley se concebiría para los hombres? ¿Se dirá con Espinosa que tienen por misión conocer y amar á Dios? El gran filósofo no ha podido hablar así más que por una singular inconsecuencia. Para que haya relaciones entre dos seres es preciso que cada uno de ellos tenga una existencia completamente distinta; ahora bien, la necesidad absoluta del panteísmo excluye toda distinción. El ser llamado hombre se confunde en el ser universal; por consiguiente la idea de una relación entre el hombre y Dios no tiene ya sentido alguno más que el de esas relaciones místicas que la teología católica establece entre las tres personas de la Trinidad. La idea de libertad tampoco se concibe. Espinosa la admite, pero en cierto modo como una ilusión que se forma el espíritu humano. Si el hombre penetrase todas las causas necesitantes que engendran sus acciones, no diría que es libre; se cree libre, porque ignora el encadenamiento de estas causas. En definitiva, la libertad es un sueño como lo de su existencia.

Si el hombre no es libre, ¿puede todavía hablarse de una ley moral? Nada más puro que la

máxima de Espinosa, que el conocimiento y el amor de Dios son nuestra bienaventuranza. Pero si el hombre preguntase al filósofo: "¿De qué sirve esta bienaventuranza? ¿Para qué he de amar á Dios?" No sabemos lo que respondería el filósofo, si quisiera ser consecuente. Lógicamente es una falta de sentido hablar de una ley para un ser que no tiene más que una existencia ilusoria: para que pueda tratarse de una ley cualquiera, dicen los juristas, y el buen sentido lo dice con ellos, se necesita una persona. Si el hombre no es una persona, obedecerá á la necesidad del lazo inconcebible que le une al ser universal; pero no siendo libre esta obediencia, no puede llamarse cumplimiento de un deber moral. Si no hay ley verdadera para el individuo, porque no hay individuos, con mayor razón no podrá hablarse de una ley para los pueblos, para la humanidad, porque una colección de seres que no sea más que la sombra de un sueño no puede constituir una individualidad. ¿Que se habla, pues, de un derecho de gentes, de la justicia ó de la injusticia de las leyes! Todo es justo, y nada es justo, porque todo es necesario, lo mismo la conquista y la fuerza bruta que la justicia y el derecho.

¿Debe hacerse á Espinosa responsable de las consecuencias que se deducen de su falso concepto de Dios? Es positivo que la doctrina que se critica no es la suya. Dejemos la libertad metafísica á un lado, y preguntemos á nuestro filósofo qué piensa de la libertad civil y política. En otra parte (1) hemos expuesto sus ideas. Recordemos únicamente que el pensador á quien se acusa de negar la libertad fué el primero en afirmar el principio de donde se deriva todo nuestro sistema constitucional, de que el Estado debe garantizar la libertad del ciudadano. Aplicó esta máxima, tan fecunda en consecuencias, á la libertad religiosa, en un siglo en que los filósofos cristianos estaban unánimes en conceder al Estado un poder absoluto sobre la religión. Critíquese cuanto se quiera esta doctrina por inconsecuente, siempre resultará que la política de Espinosa es infinitamente superior á la del cristianismo. Después de esto, nosotros confesaremos de buen grado que el filósofo es responsable de los falsos principios que asienta, porque si alguna vez fuesen aceptados como ley religiosa, las con-

secuencias no se harían esperar, porque los principios tienen en sí fuerza viva que triunfa de las contradicciones de los hombres. Sin embargo, aun en el terreno religioso, hay que hacer una reserva contra las ciegas acusaciones que los celosos cristianos lanzan contra Espinosa. No es cierto que sea un impio, no es cierto que sea un ateo. Un poeta alemán, aunque afiliado en la reacción religiosa de nuestra época, Novalis, dice muy bien que Espinosa está embriagado de Dios. En efecto, posee de tal modo el sentimiento de Dios, que lo absorbe todo en él, y que pierde la noción de la individualidad humana. En este sentido puede decirse con un filósofo francés que se llama impropriamente panteísmo á su doctrina y que más bien debería llamarse theísmo immoderado: "Lejos, en efecto, de quitar nada á Dios, le da más bien demasiado; lejos de negarle, le afirma aún más allá de lo verdadero. Es, pues, más bien el exceso que la negación de la verdadera idea de Dios," (1). Deduzcamos con un ilustre teólogo de Alemania que Espinosa debe ser colocado entre los santos en vez de ser considerado como impio y ateo (2).

M. Cousin emplea una singular energía en rechazar la falsa noción que Espinosa se forma de Dios: "Repitémoslo con toda la energía que nos es propia: ese ser absoluto no es el verdadero Dios, porque es una sustancia y no una causa; no es un ser libre, y, por consiguiente, no es una persona, no puede, pues, ser el objeto ni de nuestro reconocimiento, ni de nuestro respeto, ni de nuestro amor." Esto es exacto y está bien dicho; pero ¿tiene razón M. Cousin al añadir que el Dios de Espinosa no es más que una falsa imagen del Dios de Bossuet? (3). Si el panteísmo de Espinosa es falso, el Dios-hombre, el Dios-verdugo de los cristianos no lo es menos. Por una parte, tenemos un concepto abstracto que conduce á funestas aberraciones; por otra, tenemos una superstición que no puede engendrar más que superstición. Si M. Cousin tiene razón en reprobar el panteísmo, Espinosa tiene razón también en criticar al cristianismo histórico. Dejemos la palabra á nuestro filósofo: "La fe no es hoy más que preocupaciones que convierten á los hombres de seres racionales en brutos, privándoles del libre ejercicio de su juicio, del discerni-

(1) DAMIRÓN, *Memorias sobre Espinosa y su doctrina*.

(2) SCHLEIERMACHER, *Reden über Religion*, p. 47.

(3) COUSIN, en el *Diario de los Sabios*, 1861, p. 89.

(1) *La Iglesia y el Estado*, 3.ª parte.

miento de lo verdadero y de lo falso, y que parecen haber sido inventadas expresamente para extinguir, para ahogar la llama de la razón humana. La piedad, la religión han llegado á ser un cúmulo de absurdos misterios; y sucede que los que más desprecian la razón, los que la desechan, los que rechazan el entendimiento humano como corrompido en su esencia, son justamente, ¡cosa prodigiosa!, son aquellos á quienes se cree iluminados por la luz divina,, (1). El retrato no es lisonjero, pero está copiado del natural. Si, el catolicismo es una conjuración contra la razón, contra el pensamiento; sus misterios, como dice Espinosa, "son absurdos errores, horribles invenciones,,. Si, como dice también nuestro filósofo, la Iglesia católica parece haber sido fundada "para engañar á los hombres y para encadenar al espíritu humano,, (2). Hay más aún: toda mentira supone un mentiroso, y no se miente por el puro placer de mentir: si la Iglesia conoce y practica también el acto de engañar, es porque quiere explotar la estupidez y la ignorancia en provecho de su inmortal ambición! ¡Hé aquí el fruto de la superstición del hombre-Dios! ¡Hé aquí adónde conduce el Dios de Bossuet!

Hay, pues, error por ambas partes. La superstición cristiana relega los espíritus libres al panteísmo ó á una doctrina más falsa todavía, el materialismo. Preciso es que la filosofía reobre contra esta funesta tendencia. Para esto debe desechar la prudencia demasiado aplaudida de Descartes é imitar á Espinosa, proclamando atrevidamente sus convicciones, y es necesario que estas convicciones lleguen á ser la regla de la vida. Solamente rechazando el elemento supersticioso del cristianismo se hará oír de los libres pensadores y podrá volver á traerlos á la fe. Mientras quiera conciliar lo que es inconciliable, una religión fundada en la encarnación de Dios con las enseñanzas de la razón, fracasará vergonzosamente, y seguirá no ejerciendo influencia en el desarrollo religioso de la humanidad. Insistimos en la filosofía del siglo XVII, cuya pretensión era conciliar la fe revelada y la razón, á fin de poner esta verdad en completa evidencia. Solamente hay que exceptuar á Espinosa. Bajo este punto de vista hay que concederle el primer lugar entre los libres pensadores.

(1) ESPINOSA, *Tractatus, Prefatio*.  
(2) ESPINOSA, *Epist. LXXIV*.

### § III.—Malebranche.

#### I

Dejamos las alturas de la libre especulación para descender á las profundidades de la filosofía cristiana. Si alguna vez han debido extrañarse dos palabras de verse reunidas, son la filosofía y el cristianismo. Un cristiano sincero, un sacerdote, un individuo del oratorio que pasa su vida en filosofar, Malebranche, pretenderá darnos, sin embargo, la clave de esa cuadratura del círculo que consiste en conciliar el libre pensamiento con una religión que no quiere ni pensamiento ni libertad: ¿qué digo? una religión para quien la libertad de pensar es un crimen. Descartes mostraba tanto respeto hacia las verdades reveladas que no se atrevía á tocarlas. ¿Era tal vez por efecto de esa prudencia que tanto gusta á M. Cousin? Su discípulo, lleno de confianza, en la filosofía cartesiana, aplica su doctrina á la teología. No se dirá que el filósofo francés no está á la altura de su papel; es difícil tener más ingenio, más imaginación, ni más atractivo en la dicción. Si Malebranche ha fracasado es porque intentaba un imposible. Esto no le ha impedido el hallar muchos imitadores en nuestros tiempos; se ha trabajado á porfía en construir una filosofía cristiana ó un cristianismo filosófico. Vamos á ver la obra del maestro: su suerte nos dirá la que puede esperar su escuela.

Malebranche traslada á la filosofía el tono de oráculo que es habitual á los teólogos. Estos señores están tan habituados á ser el órgano de la verdad absoluta, que se creen los confidentes de Dios; afirman y no hay más que decir. Oigamos á Malebranche: "La verdadera religión y la verdadera filosofía son idénticas,, (1). No lo dudamos. Pero ¿dónde está esa verdadera religión? Claro está que es el cristianismo, y entre las sectas cristianas, el catolicismo, porque el que habla es un sacerdote católico. En cuanto á la verdadera filosofía, es evidentemente la de Descartes. Hoy el cartesianismo no pasa por la verdad absoluta. ¿No sucederá lo mismo con la verdadera religión? "Nuestra fe, continúa Malebranche, es completamente racional en su principio; no debe su fundamento á las preocu-

(1) MALEBRANCHE, *Tratado de moral*, t. 2, 11.

paciones, sino á la recta razón,, (1). Tantas palabras como oráculos, tantos oráculos como errores. ¿Cuál es el principio de la fe cristiana? El Dios-hombre, es decir, el círculo que se transforma en cuadrado. Hé aquí lo que es *completamente racional*. Si esta creencia se ha extendido, es gracias á los pretendidos milagros; ¡esto no se llama una *preocupación*, sino la *recta razón*! Ya tenemos el secreto de la filosofía cristiana; no hay más que llamar *recta razón* á lo que vulgarmente se llama *superstición*, y en seguida afirmar en alta voz y con seguridad que la fe cristiana es *completamente racional*. Hé aquí la esencia: palabras y palabras. Después de esto, se pone á buscar una explicación cualquiera de los dogmas, cosa que no es difícil teniendo una imaginación como la de Malebranche.

Ante todo es preciso probar que la razón y la fe son idénticas. Nada más sencillo: "No puedo creer nunca, dice Malebranche, que el verdadero filósofo sea opuesto á la fe,,. Esto es hablar siempre como un oráculo y como un teólogo. Nuestro filósofo cristiano está convencido de antemano, lo cual hace que no se muestre riguroso en las pruebas: "Sea que Jesucristo, según su divinidad, hable á los filósofos en lo más íntimo de ellos, sea que instruya á los cristianos por la autoridad visible de la Iglesia, no es posible que se contradiga. La verdad nos habla de diversas maneras, pero ciertamente nos dice siempre la misma cosa,,. Si, indudablemente, suponiendo que sea la verdad la que habla, es evidente que no puede decir jamás más que lo verdadero. Falta probar que la verdad habla por medio de la autoridad visible de la Iglesia, de la Iglesia católica, claro está. Esto es mucho menos evidente y bien merecería probarse. Hace ya cerca de dos mil años que estamos esperando la prueba. No han faltado defensores á la Iglesia, pero ¡cosa singular! cuanto más demuestran, menos se cree que Jesucristo es Dios y que Dios habla mediante la *autoridad visible de la Iglesia*. ¡Cosa más singular aún! Ni siquiera se ha podido saber nunca lo que es esa Iglesia, órgano de la verdad; no se la encuentra. ¡Estamos adelantados! ¿Se ha demostrado mejor que *Jesucristo habla á los filósofos en lo más íntimo de su conciencia*? ¿Cuáles son estos filósofos? Si por filósofos se entiende los libres pensadores, éstos seguramente no oyen la voz de Jesu-

(1) MALEBRANCHE, *Tratado de moral*, t. 1, 14, 3.

cristo. Entre ellos se encuentra el divino Platón, el profundo Aristóteles. Malebranche no atiende á esta filosofía, que no es el órgano de Jesucristo: *la falsa filosofía*, dice, es la que está en oposición con la religión. Y ¿cuál es esa *falsa filosofía*? Es la *filosofía de los paganos*, la filosofía fundada en la *autoridad humana*, en una palabra, *todas las opiniones no reveladas* (1). La verdadera filosofía es, pues, la *revelada*. No conocemos más revelación que la Sagrada Escritura; luego la Sagrada Escritura encierra la *verdadera filosofía*; todas las demás son *falsas*, empezando por Platón y Aristóteles. Nosotros creíamos que la filosofía procedía de la razón. ¡Error! La razón es una *autoridad humana*, y toda filosofía fundada sobre una *autoridad humana* es falsa. ¿Qué nos queda? La filosofía revelada. Ahora comprendemos la identidad de la filosofía y de la religión; es tal, que Malebranche se equivoca al distinguirlas: no hay más filosofía que el catolicismo; es decir, que no hay filosofía.

Creemos de buen grado que los filósofos cristianos admiren este rasgo de ingenio; nosotros no vemos en él más que un perfecto galimatías. La palabra es dura, pero no hacemos más que repetirla. Bossuet la pronunció el primero, y jamás se ha dirigido censura más profunda. Estamos aún al principio de la sinrazón que se llama filosofía cristiana. El principio promete, y Malebranche cumple su promesa. Á juzgarle por su punto de partida, parece que es un ortodoxo consumado. En efecto, es el tipo de esos filósofos á quienes Jesucristo *habla en lo más íntimo de su conciencia*. Ahora bien, Jesucristo no puede decirle más que lo que dice la fe. Bajo este punto de vista, Malebranche debe ser la ortodoxia personificada. Sin embargo, es discípulo de Descartes, y el maestro, á pesar de toda su prudencia, ha sido rechazado por los ortodoxos, y es tachado hoy como el patriarca del panteísmo. ¿Qué piensa Malebranche de esta doctrina? Ha venido después de Espinosa; la *semilla* ha producido sus frutos. Á juzgar por las palabras del sacerdote del oratorio, estaba á mil leguas del panteísmo: su indignación se manifiesta en injurias impropias de un filósofo que escribe bajo la inspiración de Jesucristo: "Ese miserable Espinosa, dice, ha creído que era imposible la creación, y, por tanto, gen

(1) MALEBRANCHE, *Coloquios sobre la Metafísica* (Obras, t. 1, página 84 ed. Charpentier).